Y «aquello» que traía Contursi era distinto, muy distinto...

*Percanta que me amuraste
en lo mejor de mi vida,
dejándome el alma herida
y espina en el corazón;
sabiendo que te quería,
que vos eras mi alegría
y mi sueño abrazador...*

Aquel tango se llamó «Mi noche triste».

Sin darse cuenta, aquella noche de 1917, al estrenar ese tango, mientras Razzano y el «negro Ricardo» se echaban atrás, dejándole sólo en primer término, Gardel, abrazado a su guitarra, con sus ojillos entornados y perdidos en un mar de reproches y añoranzas, acababa de crear un estilo, que sería para siempre la representación genuina del alma porteña. Carlos, a solas, como fué siempre su caminar por la vida, con su espíritu confidencial y amistoso, escudando su timidez tras la guitarra, volcó en el público las amarguras de una pena tan vulgar como sentida:

*Para mí ya no hay consuelo
y por eso me encurdela
«pá» olvidarme de tu amor...*

Había nacido el tango-canción. Y nada menos que en la voz de Carlos Gardel.—JULIO DE ATIENZA.

LA POESIA TESTIMONIAL DEL POETA COLOMBIANO RAMIRO LAGOS

Mis contactos con la literatura hispanoamericana me han llevado al convencimiento de que ésta continúa acusando rasgos definitivos e inconfundibles cuando trata de revelar el problematismo de su medio social, señalando puntos neurálgicos o desenmascarando situaciones a través de la obra de ficción en que el protagonista encara la lucha de la civilización con la barbarie, de la injusticia social con la protesta, o simplemente traza el cuadro realista de la verdad amarga suramericana en que por lo visto, el pueblo, el indio y el hombre de brega son las víctimas propiciatorias que más señala el escritor, principal-

mente el novelista. La novela de la Revolución Mexicana es un ejemplo de esta importante tendencia que indudablemente ha tenido intérpretes de izquierda escudados en la ideología marxista o en la idea del indoamericanismo o reivindicación del indio, del labriego o del proletario de las grandes ciudades.

Lo que se ha dado por llamar poesía social o política, que encuentra en Neruda y César Vallejo a sus dos máximos paladines en la América, ha estimulado la inquietud lírica de las más recientes generaciones poéticas de la juventud hispanoamericana. Conocí en Guatemala al joven poeta Luis Alfredo Arango, valioso representante de este tipo de poesía de mensaje popular y de angustia social. Fué mi primer contacto con un exponente de las nuevas generaciones. Sé que expresa una vibrante poesía por la que se traduce la frustración de la juventud frente a su destino, las condiciones misérrimas del pueblo y la incomprensión o apatía por parte de clases venidas a más. Es realmente muy interesante poder estudiar a fondo este tipo de protesta social, y al acometer algunas traducciones de los poemas de Arango, como los que él titula: «False Birds», «Brief Return», «Do Not Come», no dudo en admitir que para estudiar más el problematismo de Sudamérica, que tanto interesa hoy a nosotros los norteamericanos, se hace necesario acudir no sólo a la protesta camuflada de la novela, sino a las vibraciones y enunciaciones que hacen los poetas jóvenes. Recientemente me escribe Arango: «Siento que algunos de estos poemas son amargos, acaso tristes, y es porque luchamos contra nuestras frustraciones y porque vivimos en condiciones precarias y hasta hostiles.»

Hace algunos meses comencé a traducir algunos poemas colombianos de Carranza, Rojas, Cote, Castro Saavedra, Gómez Mejía, Salazar Valdés, Rojas Herazo, Oscar Echeverri, Jorge Montoya Toro, etc., para mi próximo recital en el Círculo Cultural Hispanoamericano de South Bend, patrocinador del evento en la Universidad de Notre Dame. Tengo que confesar que entre el grupo de poetas colombianos jóvenes encontré una nueva tendencia por lo que respecta a la poesía de Ramiro Lagos, mi colega en lides docentes de la Universidad de Notre Dame. Aparentemente, este colombiano trata de hacer ahora un tipo de poesía semejante a la del guatemalteco Luis Alfredo Arango, ganador de un primer premio en no muy lejano certamen literario centroamericano. No me atrevo a darle un especial calificativo ideológico dentro de los credos políticos a la tendencia de Arango. Pero de lo que sí estoy seguro es de que el colombiano Ramiro Lagos abre el derrotero para una nueva tendencia que él llama *Poesía testimonial*.

Creo que está por definir este movimiento, pues aún no ha salido a la luz pública el nuevo libro inédito del poeta colombiano mencio-

nado. Pero por el título *Testimonio de las horas grises*, y por algunos poemas que he traducido y leído, como «The Hour of the Fatherland», «The Hour of the People», «The Hour of the Farce», «The Hour of Love» y «The Hour of the Invading Shadow», descubro en dicho poeta un propósito testimonial que le induce a localizar la zozobra popular, denunciar el problema, emitir la protesta y tratar de marcar una pauta de solución cristiana por medio de la presencia de Cristo, evocada entre los hombres no tanto como apóstol de caridad, sino como caudillo justiciero, sin que, claro está, el amor o la práctica de obras de misericordia queden subestimadas como posibles soluciones de la hora. Creo haber visto en uno de sus poemas la identificación de Cristo en el pueblo, tomando los aspectos más humanos de la vida del divino Rabí. Si es así es fácil descubrir alguna semejanza de su poesía con la actitud dostoyevskyana en que Cristo es tal en cuanto es pueblo y éste es cual en cuanto es Cristo. De lo que sí creo estar seguro es del empeño de Ramiro Lagos de divulgar ideas de socialismo cristiano o de señalar la ausencia y urgencia del espíritu cristiano en el problematismo social que él delata. Si es así, juzgo la suya una valiente actitud que hay que aplaudir porque es antagónica a la de aquellos que fundan su rebeldía intelectual o su iconoclasta impulso en derribar imágenes, aunque también el poeta Lagos se pronuncia contra los mitos o fetiches de su América del Sur. Que ellos existen, actúan y gobiernan, es un testimonio contundente que da la *poesía-testimonial* del poeta colombiano Ramiro Lagos.

Una lejana reminiscencia de *Poeta en Nueva York*, de Lorca, y de *Viento del pueblo*, de Miguel Hernández, despierta mi inquietud indagadora respecto al posible manantial que se vuelva en las jóvenes generaciones de poetas suramericanos. También en Norteamérica se evidencia un tipo de poesía semejante y es muy curioso anotar las críticas a la falsa interpretación del espíritu cristiano en poetas norteamericanos jóvenes como John William Corrington y Lawrence Ferlinghetti. Quiero reservar a mi inquietud por la literatura comparada el poder establecer comunes entronques entre la poesía de Ramiro Lagos y los poetas ya mencionados en metáforas, estilos y técnica, sin tener en cuenta el aspecto temático y la actitud de protesta contra la sociedad universal presente y los gritos irónicos a las instituciones con alusiones bíblicas y referencias al caos moderno. La poesía de Ramiro Lagos, es, en suma, la búsqueda de un mito nuevo para reemplazar las proclamaciones desintegradas y carentes de valor simbólico para la época actual en cuanto que no se identifican con el hombre y éste no se identifica con Dios. Esto es una búsqueda sin fin desde los tiempos homéricos hasta Poe, Whitman y Frost y los jóvenes de la hora pre-

sente, como Corrington, Charles Bukowski y Ferlinghetti. Lo mismo que ellos, Ramiro Lagos encauza su angustiada búsqueda en la bíblica senda, dejando huellas de su viaje por el mundo poético. Ya es temprano para comprender si el mito nuevo se puede identificar con la sufrida gente que espera su mesías para dar nuevo testimonio de su presencia entre los hombres. Creo que sí, porque, como lo dice un poema de Ramiro Lagos, «es la hora del pueblo».—CHARLES LLOYD HALLIBURTON.

TRES DRAMAS EXISTENCIALES DE F. GARCIA LORCA

(YERMA, LA CASA DE BERNARDA ALBA, BODAS DE SANGRE)

Una de las tareas de la crítica literaria es abordar a los grandes de las letras desde diversos y distintos puntos de vista; tratar de beber en las obras de poetas y literatos todo cuanto ellos hayan vertido en ellas de una manera más o menos consciente. Es más, éste es uno de los derechos de todo autor, como nos dice Ortega, que tratemos nosotros de descubrir qué es lo que nos quiere decir. Nos podemos acercar a una obra intentando encontrar su interpretación de una forma intrínseca, comparándola con el resto de la producción del autor, o por medio de la historia, los tiempos o fenómenos psicológico-sociales. Yo intento algo nuevo. Trato de hacer una comparación entre dos contemporáneos que actúan en dos ramas literarias un tanto separadas: el drama y la filosofía. Me baso en lo que dijo Jorge Santayana: «El único objeto en poseer grandes obras literarias yace en lo que nos pueden ayudar a ser» (1). Tanto la literatura como la filosofía son una búsqueda utópica en pos de un ideal: la verdad. Las dos nos presentan más problemas de los que nos resuelven, pero ambas reconocen que el problema existe. Además, que la actitud para con la literatura ha cambiado desde un tiempo a esta parte, cuando el crítico verdaderamente serio se ha venido preguntando qué es lo que hace que la literatura sea tan importante para el hombre. Afortunadamente, esta pregunta (que dicho sea de paso no es nueva) la han tratado de contestar filósofos profesionales.

(1) *The sole purpose in possessing great works of literature lies in what they can help us to become.* JORGE SANTAYANA: *Three Philosophical Poets* (New York: Bruce Co., 1960), p. 2.